

Templarios en MichoacánEl chofer de *La Tuta*, 9 años detenido... y desaparecido

NOÉ ZAVALA - PAG. 6

Los Caballeros Templarios**Chofer de *La Tuta*, sin rastro desde su captura en 2014**

Familia, amigos y autoridades desconocen dónde está Gumercindo Rocha Avilés, desaparecido hace una década; el último dato es que apareció en la portada de un diario michoacano y luego no se supo más

NOÉ ZAVALA
CIUDAD DE MÉXICO

Irma Avilés Peña llegó desorientada al Monasterio a las afueras del puerto de Lázaro Cárdenas. Tímida, con un ejemplar viejo, roído del periódico *Abc de la Costa de Michoacán* —un tabloide regional que se especializa en la nota roja—, buscó ayuda y no sabía a quién dirigirse.

En la parte baja de la portada estaba el siguiente titular: *Capturan a 11 integrantes de Los Caballeros Templarios*. En tres fotografías los 11 presuntos sicarios, incluido Gumercindo Rocha Avilés, hijo de Irma. Corría noviembre de 2018. Irma buscó el apoyo de la Brigada Nacional de Búsqueda de Personas Desaparecidas y hoy, en marzo de 2023, las respuestas aún no llegan.

En la parte superior del tabloide, otra nota elocuente: *Se mata de un tiro, hermano de La Tuta*. En el interior de su residencia en el puerto de Lázaro Cárdenas, Michoacán, Aquiles Gómez, hermano de Servando Gómez Martínez, *La Tuta*, máximo líder de *Los Caballeros Templarios*, se habría pegado un tiro en septiembre de 2014.

Casi una década después, Avilés Peña sigue buscando a su hijo, acudió a hospitales, a la Cruz Roja, a la cárcel local y al penal federal de la región, a la procuraduría

y a inmuebles de seguridad pública; en estos dos últimos establecimientos le dijeron que tenía que viajar a Ciudad de México y acudir a la Procuraduría General de la República (PGR) para que “desde allá se lo rastreen”. Irma frunce el ceño y asegura que no ha podido viajar por falta de recursos económicos.

Hace unos días, *La Tuta* se amparó para frenar su traslado a otro penal federal y evitar actos de incomunicación. La defensa del capo pretende que su cliente siga en el penal de máxima seguridad del Altiplano.

¿Detenido?

Aunque Gumercindo Rocha apareció en la prensa como “detenido” por pertenecer a *Los Caballeros Templarios* ni su madre, esposa, hijo, amigos, la autoridad y sicarios del cártel saben en dónde está.

En junio de 2013, con el calor sofocante en el puerto de Lázaro Cárdenas, casi a 40 grados centígrados, Juan Gómez Murga, vecino de la familia Avilés y vinculado a la delincuencia organizada, tocó a la puerta de “Gume” con el propósito de pedirle apoyo para cambiar el chicote de su cofre de auto. Irma abrió la puerta, su hijo prometió volver un par de horas después. Llegó la noche y pasadas 36 horas de la ausencia

de Gumercindo, Irma se armó de valor y encaró al vecino para saber el paradero de su hijo.

“La verdad, el único pecado

de su hijo fue ser perro [sic] para el volante. Nadie lo mandó a manejar tan chingón”, le espetó a doña Irma Avilés su vecino Juan Gómez. Con desparpajo, le confesó que, como muchos habitantes de Lázaro Cárdenas, él también obedecía las órdenes de *Los Caballeros Templarios*, para luego confirmarle a Irma que su hijo Gumercindo Rocha Avilés se había convertido —previa golpiza y amenazas de muerte— en chofer de *La Tuta*, por petición propia de “El jefe”, en alusión al narcotraficante.

En Michoacán, entidad de casi 5 millones de habitantes, con 113 municipios, con costa, montañas sinuosas, áridas y con pocos polos urbanos, un chofer atrabancado, pertinaz al volan-



te y ágil en el cambio de velocidades es vital para sortear enfrentamientos con células delincuenciales rivales y con las pocas autoridades no sometidas al imperio de la corrupción.

Durante los siguientes 25 días, Irma Avilés tocaba a las puertas del vecino, le telefoneaba, lo esperaba a las afueras de su vivienda, sabedora de que era el “único conecte” con el paradero de su hijo Gume. Los primeros días Gómez respondía amablemente: “está bien, no le va a faltar comida, dinero ni mujeres”, respondía con firmeza.

“El muchacho (Gume) no está por su voluntad. Ya le dieron una buena chinga, si lo comunico con usted es ponerlos en peligro, lo van a cargar [sic]. Mejor yo le iré dando razón... él aún está tonto para agarrar mañas para hablar con usted”, explicaba el vecino.

Así se fueron los días 11, 14, 20 y 23, los recados seguían fluyendo. El día 25 desde que Gumerindo fue a cambiar el chicote de un cofre, Juan Gómez no regresó a su casa. Al día 27, Irma Avilés se enteró de que al vecino lo habían acribillado.

La nota apareció en una esquina del tabloide *Abc de la Costa de Michoacán*.

El día 29, “agentes del gobierno” sitiaron la casa de Irma Avilés para interrogarla sobre la muerte del vecino y sobre la desaparición de Gume.

Después de 14 meses, el periódico trajo “la buena nueva”, algo amarga. Por la mañana, una vecina tocó con insistencia en la casa de Irma, mientras el hijo de Gume, con dos años y seis meses de edad, ya corría por toda la sala de la casa haciendo travesuras. La señora Avilés se dejaba caer de golpe en una silla con la portada del *Abc* en ambas manos. En la nota *Capturan a 11 integrantes de Los Caballeros Templarios* había tres fotografías con imágenes de los sicarios, en medio de ellos, el Gume o el *Mónster*.

Irma Avilés estalló en llanto, pero su boca dibujaba una sonrisa, pues su hijo estaba vivo, en

prisión, pero vivo. Es el mismo llanto y la misma sonrisa que ahora expone en la entrevista. El hijo del Gume también tomó el rotativo en sus manos y con las palabras de un niño de dos años y medio, dejó la mamila de leche y empezó a exclamar: “ete es puto, ete es puto, toyos son putos... ete es mi papá... papá men, papá ya men”.

En junio de 2013 salió a ayudar a un vecino en la revisión de su vehículo, pero ya no volvió; su madre lo busca desde entonces



